

Del Dr. Don Augusto Orrego Luco

678248

(7)

Interesante Conferencia
en la Biblioteca Pública
de Valparaíso

El 4 DE JULIO DE 1922



RECUERDO DE LA ESCUELA DE MEDICINA

Justa glorificación
de un profesor eminente

EL
DOCTOR DON RAMÓN ELGUERO



SANTIAGO
Imprenta y Litografía "La Ilustración"
MONEDA 873
1922



131801



Interesante Conferencia del Dr. don Augusto Orrego Luco

Recuerdos de la Escuela de Medicina.— Justa glorificación de un profesor eminente, el doctor Ramón Elguero.

Con una selecta concurrencia, compuesta en su totalidad de médicos de nuestro puerto, y algunos de la capital, se llevó a efecto en la tarde de ayer, en los salones de la Biblioteca Pública, la interesante conferencia que, sobre sus recuerdos de la Escuela de Medicina, había ofrecido dictar el doctor don Augusto Orrego Luco.

El desarrollo de la conferencia dió ocasión a los asistentes para comprobar una vez más la elocuencia, la erudición, las cualidades de apóstol de la justicia que han distinguido siempre al eminente facultivo.

Sus palabras eran las de un profeta que está dictando a sus compañeros las impresiones que al fin tendrán que cumplirse, porque ellas están basadas en el estudio y la observación más minuciosa.

En diversos períodos de la conferencia, fué interrumpido por los aplausos.

El texto de esta interesante pieza oratoria y de estudio es el siguiente:

Recuerdos de la Escuela

DON RAMÓN ELGUERO

Siguiendo la corriente de mis recuerdos voy ahora a pasar delante de una de las figuras más interesantes que he encontrado en el curso de mi vida.

En mis recuerdos la figura de Elguero se presenta aparte. Era una cima y, como todas las cimas, aislada, silenciosa y solitaria, envuelta en el respeto como en una nube que la vela y la hace parecer más elevada y más lejana.

Contrasta el camino ancho y fácil que había seguido Tocornal con el áspero camino seguido por Elguero. Elguero tuvo que subir desde el fondo de una situación triste, casi oscura.

Su padre había sido víctima de Rosas, y su familia, huyendo de la tiranía argentina, había venido a refugiarse en Chile.

La pobreza en tierra extraña había sido la atmósfera moral en que se desarrolló su inteligencia y se formó su carácter. En esas condiciones la vida deja un sedimento de amarguras al pasar por nuestra juventud. Todo se tiñe con los colores sombríos de una seriedad precoz. La juventud es entonces una aurora sin sol.

Desde muy temprano principió a sentir Elguero la necesidad del trabajo y la responsabilidad del porvenir. Esa convicción de que en nuestra vida todo depende de nuestra energía y nuestra consagración al estudio y que el tiempo es nuestro único

tesoro y que no podemos disiparlo, es una convicción que obscurece nuestra juventud pero que ilumina nuestro porvenir. A esa juventud sin alegrías, siguió una vida sin arrepentimientos. Ahí se formó la seriedad de su espíritu y la austeridad de su carácter; ahí se desarrolló ese amor, esa pasión por el estudio, que ha derramado su encanto durante todo el curso de una noble vida.

Mientras estudia humanidades asoma un razgo de su carácter reflexivo, en la consagración con que se dedica a ese estudio del latín, que todos los estudiantes miraban con tanto alejamiento. Precisamente ese abandono general es el secreto de su empeño. Más tarde será menor la competencia para obtener una clase de latín que le permita seguir más fácilmente los estudios de Medicina en que busca el camino de su vida y su fortuna.

Y en efecto, al concluir sus estudios de humanidades, Elguero se había conquistado una gran reputación de latinista. No tardó en ser nombrado profesor de ese ramo en el Instituto Nacional, y en 1842 lo encontramos enseñando el 6.º año de latín. Esa enseñanza lo obligaba a vivir en un contacto diario y prolongado con los clásicos latinos y a beber en esa fuente de la grandeza moral.

A esa enseñanza le debió más tarde una de las satisfacciones que saboreó en su vida con mayor deleite; era la satisfacción de leer a Celso, a Galeno, a los grandes maestros de la antigüedad en su texto original, sentir el eco de sus palabras en su propia lengua. Elguero, anotaremos de paso, ha sido el último médico chileno que ha leído en latín a los médicos antiguos.

Elguero fué profesor de latín hasta 1843. Vino ese año la reorganización de los estudios del Instituto Nacional que dejó a Elguero sin su clase.

Entre tanto había continuado estudiando medicina. Encontramos su nombre en la lista de los que en 1841 habían ya terminado sus estudios de química, botánica y fisiología, y se preparaban para dar el examen de anatomía.

Entre los siete alumnos de ese curso figuraban Elguero, Isidoro Cox y Vicente Padín.

En 1844 parece de nuevo abrirse el horizonte de su vida. Elguero fué nombrado profesor interino de fisiología. Ese nombramiento despertó rivalidades envidiosas, que explotaron la fácil suceptibilidad de los alumnos que ese nombramiento sometía a la dirección y la autoridad de un estudiante, que seguía todavía los cursos de la Escuela.

Con la crueldad ciega con que los jóvenes sirven de instrumento a las pasiones ajenas, sin tomar en cuenta ni los antecedentes, ni las circunstancias del nuevo profesor, protestaron tumultuosamente de ese nombramiento y elevaron su protesta al Consejo y al Gobierno.

Hubo informe, hubo examen de los méritos y los títulos de Elguero y el resultado de esas investigaciones fué poner de manifiesto la justicia con que se había designado al nuevo profesor. La envidia que había pretendido hundirlo en el ultraje, le sirvió de pedestal.

En ese curso de fisiología en que su orgullo había sido tan cruelmente aguijoneado, puso Elguero de relieve sus grandes cualidades de maestro; su extraordinaria y luminosa claridad de exposición y su criterio tranquilo, equilibrado, que sabe amar igualmente la experiencia del pasado y la aspiración del porvenir. Ese curso de comienzos tan hirientes y penosos concluyó como un espléndido triunfo para Elguero.

Después de esa clase que tuvo el brillo y el ruido de un combate, la vida de Elguero se oscurece y se pierde en los claustros universitarios.

En 1846 sale de ahí para ir a desempeñar el puesto de rector del Liceo de Valdivia. En ese puesto van a transcurrir siete largos años en que se mezclan sus tareas de maestro y sus estudios de medicina que prosigue con una tenaz perseverancia.

Ese estudio lento, pausado, en que se examina todo sin las precipitaciones juveniles, tiene un carácter especial de solidez y claridad. Ya Elguero había entrado en la plenitud y madurez de la vida cuando hacía esos estudios en Valdivia.

El puesto de cirujano de la guarnición le permitía continuar su práctica profesional en un pequeño servicio de hospital.

Pero aquella vida tranquila no tenía horizontes, Elguero cortó esa suave cadena de los hábitos seguros y se vino a Santiago en busca de una situación de inciertas y lejanas perspectivas.

En 1853 se presentó a dar las pruebas reglamentarias para obtener el título de médico.

En los anales de la Universidad encontramos anotados que el 24 de Febrero de 1853 leyó una memoria sobre enfermedades del corazón: «Don Ramón Elguero, miembro corresponsal de dicha facultad y cirujano de ejército, en su examen de licenciado».

Esa anotación nos deja ver un hecho que a primera vista nos sorprende. Elguero fué profesor de la Facultad de Medicina, fué miembro de esa misma Facultad, y como cirujano militar ejerció la profesión antes de haber obtenido su título de médico.

En 1853 se regularizó esa situación que la escasez de profesionales excusaba. Elguero abandonó la rectoría de Valdivia y se vino a establecer en Santiago como médico.

Luego tuvo a su cargo un servicio en la Casa de Orates y otro en San Juan de Dios.

Ahí fué donde yo lo conocí, mucho antes de seguir sus clases.

En mi tiempo desde el 2.º año era obligatoria la asistencia al hospital. Desde el segundo año principiaba el contacto entre el estudiante y el enfermo, ese contacto que sin interrupción se iba a prolongar durante toda nuestra vida de estudiantes.

Junto con Juan Serapio Lois, asistía en el Hospital de San Borja al servicio de Miquel; pero la distancia del hospital y otros incidentes nos hicieron buscar otros servicios en San Juan de Dios.

Dando pruebas de una audacia o de una inconsciencia extraordinaria me presenté entonces a la sala del Dr. Ramón Elguero, que tenía la reputación de un viejo cascarrabia, pero también era considerado como un médico notable por su ciencia y la amplitud de sus estudios.

Pasaba su visita muy temprano; era exigente, seco y severo, no aceptaba excusas, ni permitía que se discutieran las órdenes que daba para el servicio de la sala. Pero no tardé en comprender que debájo de esas exterioridades tan ásperas, había un espíritu muy suave y que en Elguero sólo la cáscara era amarga.

Elguero era entonces un hombre ya de cierta edad, grueso; encorbado; con muchas canas en la cabeza y en la barba, disimuladas por el color castaño claro de sus cabellos; ojos grandes, verdosos; boca grande, de labios delgados, nariz pequeña, ca-

ra oval y barba redondeada. El color de su tez era de un blanco suave.

El hábito del profesorado que había ejercido tantos años, había cubierto su semblante con una máscara impasible, fría, que no dejaba translucir sus impresiones. Pero la más ligera intimidación hacía que esa máscara cayera y todas sus impresiones aparecían en su semblante con una singular animación.

Su traje habitual dejaba translucir sus inclinaciones británicas. Usaba un paletó claro, amplio, suelto; chaleco blanco, corbata negra, pantalones claros, botas, sombrero plomo, de copa alta, de alas anchas.

Formaban un marco a su fisonomía grandes cuellos, altos, de un corte antiguo.

Pero la impresión que producía ese hombre de estatura mediana, vigoroso, de cabeza muy fuerte sobre un cuello grueso, envuelto en un traje, no era la que nos produciría un personaje escapado de las novelas de Dickens.

Había en la actitud de Elguero, en su manera abstraída de mirar en un ligero movimiento de inclinación de la cabeza, algo que imprimía un sello de profunda reflexión a su figura.

La primera impresión de Elguero no era alentadora, pero luego esa impresión cambiaba por completo. Lo que pasó conmigo fué característico.

Las primeras visitas pasaron en silencio; yo lo seguía; él examinaba los enfermos, prescribía, y sin dirigirme la palabra, sin mirarme, como si yo no estuviera a su lado, pasaba al otro enfermo.

En esas visitas silenciosas yo estaba notando el trato respetuoso que daba a los enfermos; los saludaba al acercarse, les decía *usted*. Me llamaba la atención ese abandono de las familiaridades habi-

tuales en las salas de hospital. No era eso lo que entonces se veía en otras partes, en todas partes.

En esa silenciosa y mutua observación iba pasando el tiempo. Un día se acerca a un enfermo nuevo. «Esa es la facies de un febricitante, nos dice lentamente. Esa es la respiración de un pneumónico, vea el movimiento de las alas de la nariz. Fijese en el enrojecimiento del pómulo derecho. Eso indica que debe ser el pulmón derecho el afectado». En seguida hizo unas cuantas preguntas al enfermo, y supimos que la enfermedad había empezado el día anterior con un intenso escalofrío, una fiebre violenta y que el enfermo sufría un dolor de puntada en el costado. Percutió los dos pulmones en la espalda haciéndome notar la diferencia de sonidos. Después auscultó cuidadosamente. «El ruido que usted siente en el pulmón derecho es el crépito fino de la pneumonia. El pulmón izquierdo funciona con esfuerzo; es el pulmón más chico y tiene que hacer el trabajo de los dos. Ahora voy a auscultar el corazón. Eso no se debe olvidar nunca cuando se examina un pneumónico. Un corazón que no funciona bien es de mal augurio. Los pneumónicos mueren por el corazón». Después me hizo notar que había tos, pero no había desgarro todavía. Siga este caso y lea algo sobre la pneumonia».

Al día siguiente volvimos al examen de los síntomas, tratando de darme una explicación de los fenómenos por que se producía la matidez al percudir, por que se producía ese crépito en la auscultación. Me hizo ver cómo era las lesiones más extensas y en qué consistía el desgarro característico de la pneumonia que ya había aparecido.

Así seguimos estudiando atentamente la evolución de ese proceso mórbido. Cada día se iba en-

sanchando con nuevos datos mis ideas y precisando mis nociones. Y al mismo tiempo se iba despertando en mí un sentimiento nuevo: la pasión de la observación. Seguía el desarrollo de la enfermedad con el interés apasionado con que se sigue un drama.

Un día me dice, después de percutir la espalda del enfermo: «fijese, la zona de la matidez, no es tan extensa, el área afectada se reduce. Mañana tendremos un cambio.»

Y al día siguiente, me hizo auscultar. «¿Nota usted algo?» El ruido es distinto. «Sí, me dijo, con una ligera sonrisa de satisfacción, eso que usted oye es el crépito de vuelta. Ya la enfermedad va a terminar.»

Hay en ese cuadro ordinario y vulgar de una pneumonia una interesante lección de pedagogía. Vemos cómo desde el primer momento mezclava con los rasgos más salientes del cuadro patológico, detalles secundarios que no llaman la atención del estudiante, y que, con ese pequeño artificio se conservan fácilmente en la memoria. Por otra parte, el anuncio de nuevos síntomas, su aparición, sus transformaciones, su desaparición, le dan a esas escenas patológicas la animación y el interés de un drama. El último rasgo de esa pedagogía genial, era la prescripción del reloj y del termómetro en las enfermedades en que había auscultación.

«En la calle eso les puede servir cuando sean médicos; pero en el hospital sólo les sirve para no aprender auscultación. Sólo se preocupan de seguir la curva de la fiebre y no siguen la marcha de la lesión. El termómetro es el lazarillo de los ciegos. Lo mismo pasa con el reloj.»

Desde que entran en una clínica los estudiantes sólo se preocupan de contar las pulsaciones, nadie

se preocupa de adquirir con el ejercicio esa delicadeza y esa finura del tacto que se necesita para estudiar los caracteres del pulso. El pulso ya va siendo la tierra inexplorada, la *tierra ignota*. Ya no sospechamos todo lo que encierra, pero sabemos que los médicos chinos determinan por los caracteres del pulso, cuál es el órgano afectado en un paciente.

Esa resistencia a admitir en la clínica el empleo de instrumentos que después íbamos a usar en nuestra práctica, nos parecía un capricho senil. No lo comprendíamos entonces, pero después lo hemos comprendido viendo los resultados del sistema opuesto y ahora es excepcional que los médicos sepan auscultar.

Y ya que toco este punto, recordaré otra de las fantasías de Elguero, que chocaba con nuestro criterio de estudiantes. Nos imponía el estudio completo de toda la patología, sin exceptuar enfermedades exóticas, enfermedades de otros climas, de otras regiones, enfermedades que no íbamos a encontrar nunca en la práctica.

«Es necesario conocer toda la patología, nos decía; conocer todas las enfermedades para apreciar las grandes generalizaciones de la ciencia. Sin ideas generales no hay ciencia posible. Y luego, ¿cómo saben ustedes qué enfermedades van a encontrar en su camino, cómo saben siquiera por dónde van a rodar en la vida.»

En ese capítulo Elguero era intratable y para obligar a sus alumnos a estudiar esas enfermedades que no se encontraban en las salas de hospital, las elegía, precisamente para preguntas en los exámenes.

Llegaba entonces hasta parecernos irritante ese empeño en imponernos un estudio que considerá-

bamos inútil. Y después, el recuerdo de esa juiciosa obstinación nos ha hecho inclinarnos ante la previsora superioridad de su criterio. La demostración ha sido irrecusable.

Basta recordar cuáles eran las enfermedades que nos parecían más absurdo hacernos estudiar: desde luego, todas las enfermedades de los países tropicales que no podían producirse entre nosotros; en seguida el cólera asiático que no podía atravesar las elevadas cumbres de Los Andes; la escarlatina y la difteria, que habían desaparecido por completo y de que sólo se conservaban recuerdos muy lejanos; para qué estudiar esas enfermedades históricas o esas enfermedades imposibles, como la lepra, el tracoma o las pestes del oriente.

El tiempo nos vino a contestar. Hemos tenido precisamente grandes epidemias de esas enfermedades imposibles: epidemias de cólera, de escarlatina, de difteria. En las ambulancias del ejército chileno hemos tenido que tratar las enfermedades de los países tropicales. Guardo un recuerdo curioso: es una carta de San Cristóbal, cirujano mayor de nuestro ejército en esa campaña del Perú.

«Cuánto me he acordado del viejo Elguero,— me decía en esa carta.—El otro día estaban perturbados en el hospital con un caso en que se presentaban síncope muy largos. No sabían qué pensar. No pude dejar de reírme cuando les dije: esa fiebre la conozco mucho; no sale en los libros; esa es la que se llama de «los cinco paños». ¿Te acuerdas de la gracia que nos hizo cuando dijo Elguero que así llamaban en el pueblo la forma sincopal?»

La debemos a la imperiosa obstinación de Elguero no haber vacilado en el diagnóstico del cólera cuando hizo su inesperada y tremenda aparición; a él le debemos haber podido aislar en las familias a los

primeros atacados de difteria y conseguido con eso atenuar un poco aquella epidemia aterradora cuando no teníamos el sérum todavía. Los que han tenido que ocuparse en las estaciones sanitarias o en la defensa de la higiene de nuestras poblaciones, saben ahora que es indispensable conocer la lepra, el tracoma, el beri-beri del Japón, las pestes del oriente, todo lo que nosotros creíamos absurdo que se estudiara en nuestra escuela y considerábamos como un resto de viejas tradiciones rutinarias.

Pero, aun cuando nos parecieran irritantes, nos inclinábamos respetuosos ante esas exigencias del doctor Elguero, porque reconocíamos que sólo en nuestro propio interés podía inspirarse al imponerlas y, sobre todo, porque reconocíamos la superioridad de su poderosa inteligencia.

En esa clase de patología, y, sobre todo, en su clase de enfermedades mentales, era donde se podía apreciar mejor la asombrosa extensión de sus lecturas.

Lo más interesante que había en esas clases, era oírle hacer la historia de cada enfermedad, la manera cómo había aparecido, las primeras descripciones, cómo se habían ido agregando nuevos síntomas y nuevos detalles, hasta constituir el cuadro actual. Dándole esa amplitud al cuadro patológico, tenía oportunidad para hacer constantes excursiones en los dominios de nuestra larga historia literaria. A veces lo veíamos abrir un viejo texto latino en que se complacía en señalar nos inesperadas coincidencias con las ideas más avanzadas de nuestra época, era lo que él llamaba «la ilusión de la novedad»; otras veces eran las lecciones clínicas de Graves, escritas en inglés; en otros casos eran las elocuentes lecciones de Tronseau.

Leía siempre de la misma manera, lentamente, acentuando marcadamente sus palabras; con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa; sin gesticulación, sin movimiento, dándole toda la expresión a su lectura con las simples inflexiones de su voz.

Monneret, Jaccond, Niemeyer, eran los libros de patología que nos aconsejaba consultar, para seguir las lecciones de su clase.

En el curso de enfermedades mentales, fué donde dió Elguero sus lecciones más brillantes; fueron lecciones que habrían llamado la atención en cualquiera de las grandes clínicas de Europa, por la enorme ciencia acumulada y la originalidad de sus concepciones patológicas.

En ese campo que él había cultivado con un empeño y un interés excepcionales, era donde él creía encontrar el camino más favorable para el porvenir de nuestra escuela.

Las escuelas europeas tienen sobre nosotros la superioridad de muchos siglos de cultura. Hay en ellas tendencias intelectuales heredadas, hábitos de una larga observación, hay una fuerza que viene de atrás y que las viene empujando.

Entre nosotros todo es nuevo, todo se improvisa, no tenemos pasado intelectual. Esa es nuestra inmensa desventaja. Pero en cambio no tenemos tampoco tradiciones que seguir, doctrina que sostener; no tenemos que defender a todo trance el prestigio de un maestro; no tenemos que mirar las cuestiones a través de una opinión preconcebida. Esa pequeña independencia de criterio es nuestra única, nuestra gran compensación.

Ahí era posible ponernos al nivel de las escuelas más adelantadas... y después ¿por qué no podríamos ir más adelante? Él veía en el horizonte de

nuestra escuela perspectivas tan brillantes y nos incitaba a proseguirlas repitiéndonos palabras de Ciceron: «Romanos, amo la gloria. El que no se atreve a amarla no se atreve a merecerla».

Pero el curso de enfermedades mentales sólo funcionó en nuestra Facultad los años 1869 70. En 1871 se produjo un movimienro en el profesorado de la Escuela. Se creyó conveniente entregar a Elguero la clase de patología interna que desempeñaba Tocornal y como éste no tenía los conocimientos necesarios para hacerse cargo de la clase de enfermedades mentales, se acordó suprimirla, reemplazándola por un curso de enfermedades de niños.

Elguero continuó, sin embargo, en la Casa de Orates la enseñanza suprimida en el programa. Pero la Casa de Orates estaba muy lejos, una extraña corriente alejaba a los alumnos de ese estudio, muy pocos seguimos acompañando a Elguero en sus visitas.

Con la muerte de Elguero desaparecieron los últimos vestigios de esa enseñanza en nuestra Facultad. Durante su decanato, el doctor Díaz trató de levantarla. Yo había entrado a reemplazar a Elguero en su servicio de la Casa de Orates. Díaz me pidió a nombre de los profesores que volviera a abrir la clase lamentando que las dificultades del erario no permitieran asignarle ningún sueldo. Me apresuré a aceptar su invitación en esas condiciones, pero pedía que ese ramo se incluyera en el programa, porque de otro modo no esperaba tener alumnos en mi clase.

En la sesión del 16 de Junio de 1879 se dió cuenta en el Consejo de la Universidad, del oficio del decano y la respuesta mía. «Se trabó una discusión —dice el acta— sobre si a los profesores titulados de una facultad debía exigirse o no pruebas de ido-

neidad para abrir un curso extraordinario de ramos pertenecientes a la misma facultad. Algunos de los señores presentes sostuvieron la afirmativa y otros la negaban. Al fin se convino en resolver el punto cuando se discutiera el reglamento de profesores extraordinarios, cuya redacción se ha encomendado al decano de medicina».

No pudo el doctor Díaz hacer comprender a sus colegas que yo no pedía ni necesitaba el nombramiento de profesor extraordinario, que podía abrir un curso libre en mi clase de anatomía o en mi servicio de la Casa de Orates, que se trataba simplemente de restablecer la clase de enfermedades mentales en el programa de la escuela, única condición que yo ponía para prestar gratuitamente ese servicio, sin ningún nombramiento del Gobierno.

No se volvió a hablar más del asunto y muchas generaciones de médicos, gracias a esa resolución poco acertada del Consejo, han pasado por la Escuela sin recibir la más ligera noción de las enfermedades mentales. Por fortuna ya hemos visto desaparecer ese vacío.

Así se fueron desvaneciendo con los años las ambiciosas ilusiones en que envolvía Elguero el porvenir de nuestra escuela.

Elguero estuvo lejos de ser un hombre afortunado. El señor Concha Vergara en su discurso de incorporación en la Facultad de Medicina decía, con justicia, de que a pesar de estar dotado Elguero de las más brillantes cualidades, no le fué permitido difundir sus vastos conocimientos en favor de nuestra Escuela, sino en sus últimos años, o no sabría explicaros la causa de esta demora tan funesta para la enseñanza y que privó de las luces del doctor Elguero por tantos años a esa juventud estudiosa, que ha necesitado siempre de verdaderos maestros.

El doctor Elguero, como profesor de Patología y enfermedades mentales estaba a la altura de los grandes maestros; algunos de sus discípulos que, actualmente perfeccionan sus estudios en Europa, han tenido la franqueza de decir que sus lecciones no desmerecían ni en interés ni en mérito al lado de las que se oyen en París, y que por su condición y claridad en la exposición de sus ideas era digno de ocupar un primer puesto».

El señor Concha presentaba bajo la forma velada de un problema extraño el más grave de los cargos que se podrán hacer a los que habían dirigido nuestra Escuela. Su razón por qué se había mantenido a Elguero tantos años alejado de la enseñanza y se había privado a los alumnos de un concurso poderoso, era el secreto a voces, dentro de esa sala.

Se puede fácilmente eliminar a un hombre superior; se puede fácilmente hacer en torno suyo la conspiración abrumadora del silencio y del vacío. Pero los que siguen alegremente por ese camino tentador llegarán a encontrarse fatalmente con una hora de justicia, con esa hora triste de los arrepentimientos tardíos, esa hora en que tenemos que responder de nuestros actos y quisiéramos borrar algo del pasado; esa hora de expiación en que se levantan, hacia las complicidades vergonzantes del silencio. ¿Por qué hemos hecho eso? ¿Por qué hemos dejados hacer eso?

Pero fuera de nosotros mismos hay un espectáculo profundamente descorazonador: es el espectáculo de ese hombre que siente en su alma las palpitaciones de una gran fuerza intelectual y el calor de las más nobles de las ambiciones, que lo consagra apasionadamente al estudio, que sacrifica su juventud a la esperanza de adquirir una ciencia

para servir al progreso y servir a la humanidad; y cuando llega el momento en que tenía derecho de esperar el fruto de sus penosos sacrificios se encuentra aislado, solo, en la soledad inmensa de un desierto; no puede utilizar los conocimientos tan penosamente acumulados; se ve condenado a arrastrar durante el curso de la vida, el peso de una ciencia estéril.

Y después todos los sacrificios de esa vida, toda esa ciencia tan cuidadosamente cultivada, todas esas ideas que habrían podido ser fecundas y no se han podido transmitir, todo eso se pierde sin huellas, sin recuerdos, para siempre en el abismo silencioso de la obscura eternidad.

Pero ¿cómo evitar que las mediocridades aplasten con su masa al hombre superior, cuya superioridad misma es el origen de una secreta y sorda hostilidad?

Necesitamos despertar en el alma de la Escuela el sentimiento de la justicia, el hábito de la justicia. Hacer que reconozca sin esfuerzo, todos los méritos y noblemente los proclame; que se habitúe a mirar con orgullosa satisfacción, el contacto siempre estimulante de un hombre superior.

Pero eso no basta. Es necesario que a ese imperioso sentimiento de justicia, se úna todavía la convicción de que sobre todos los intereses deben imperar sin contrapeso los grandes intereses de la ciencia. El desinterés ennoblece entonces la justicia.

Necesitamos también esforzarnos por hacer desaparecer hasta la tentación de atropellar esos intereses supremos de la ciencia y ese espíritu inviolable de justicia; necesitamos arrancar las raíces de toda influencia perturbadora y deplorable en la dirección de nuestra Escuela, para que la masa de las medio-

cridades no se encuentre nunca en condiciones de poder cerrar el camino de un hombre superior.

No debemos olvidar que la República de las letras es esencialmente aristocrática. La igualdad es una quimera absurda en el mundo intelectual. La naturaleza ha establecido entre los hombres enormes diferencias, una inmensa escala intelectual que va desde el genio hasta el idiota. Por desgracia, la naturaleza ha sido avara de sus dones. Ha dotado generosamente a un grupo reducido de hombres superiores, y dejado a la inmensa mayoría en las gradas mediocres de su escala.

Mientras esa república viva gobernada por su aristocracia intelectual, los hombres superiores que se levanten de su seno encontrarán abierto su camino. Pero si en esa república se entrega la dirección al mayor número, la masa de las mediocridades, arrastradas por una tendencia irresistible, preferirá siempre las mediocridades con que se siente su hermana, y dejará a un lado superioridades que se empeña en desconocer y que la irritan.

El espíritu democrático que puede ser tan fecundo para organizar la vida política de los pueblos, es desastroso para organizar la vida intelectual de una nación, porque el gobierno de las mayorías es lógicamente el gobierno de las mediocridades. Un hombre superior se pierde siempre en medio de esas masas turbulentas.

Elguero fué víctima de las mediocridades, que le hicieron el vacío y le dejaron solo, en medio de un «espléndido aislamiento».

Solo, no es exacto sino en lo que se puede referir a la actividad profesional, porque en otro campo, Elguero se veía solicitado con empeño.

Mientras desempeñaba la rectoría de Valdivia, había tenido oportunidad de prestar servicios de

todo género a la administración de la provincia. Su criterio tranquilo, la amplitud de sus ideas, la versación en todo género de asuntos, lo hicieron un útil consejero en todos los negocios. Todo eso le formó cierto prestigio político que le abrió las puertas del Congreso. Durante varios períodos consecutivos, Elguero representó en la Cámara al departamento de Valdivia.

Pasó como una sombra indiferente en medio de las agitaciones y las luchas de partido que en esos años fueron singularmente apasionadas y violentas.

Es curioso y extraño ese alejamiento del debate en un hombre de acentuadas ideas liberales y de una vasta cultura intelectual, y sobre todo, en un apasionado admirador de los clásicos latinos, tan impregnados de oratoria. Pero Elguero se hundía en el silencio cuando no podía hablar de medicina. Sentía todo el exclusivismo de las pasiones imperiosas.

De esa vida parlamentaria sólo sacó Elguero interesantes y afectuosas relaciones, que dieron un discreto brillo a su modesta situación social.

Después de dar vivo relieve al papel de Elguero en nuestra escuela, agregaba el señor Concha en su discurso: «Se va a creer, sin duda, que este hombre que llegó a adquirir el más alto prestigio profesional, vivió en medio de las comodidades y legó a su familia una fortuna; nó, señores, vivió pobremente y sólo dejó a su familia el grandioso ejemplo de su honradez».

Todo eso es tristemente exacto; ese era el marco obscuro y pobre que encerraba aquella gran figura intelectual; pero para ser completamente justos, debemos agregar algo más.

El doctor Elguero vivía en la calle de Lira, en la casa que hace esquina con la Alameda. A la

izquierda de la entrada tenía su espaciosa sala de trabajo, alumbrada por grandes ventanas que daban a la calle de Lira y la Alameda. El sol bañaba esa sala todo el día.

Una estantería baja, atestada de libros, rodeaba el contorno de la sala. No había cuadros, no había adornos en aquel salón austero.

Llegaban con frecuencia a ese salón las personalidades más distinguidas de nuestro mundo político y social, llevando los homenajes de una respetuosa simpatía a ese hombre que tenía como único patrimonio, su hermoso valor intelectual.

A esa consideración social hay que agregar todavía la consideración poderosa y tranquila de que gozaba en la Escuela. Sus discípulos se hacían un honor en manifestarle las cariñosas atenciones de su afecto y rodearlo de una atmósfera de prestigio y simpatía.

Durante muchos años he frecuentado ese salón. He ido cuando era estudiante, después cuando era médico, más tarde cuando era su colega en el profesorado de la escuela.

¿De qué hablábamos en nuestras largas conversaciones de la tarde? Muy pocas veces le oí ligeras y vagas reminiscencias de su propia vida; nunca le oí un reproche amargo: tal vez sólo en el fondo de su soberbio desdén había la amargura de una queja velada. Elguero tenía ese orgullo que da la conciencia del valer moral, y sentía, naturalmente, un desprecio compasivo por los que lo desconocen o lo niegan.

Esa reserva en que envolvía su propia vida, la extendía también a la vida ajena. Nunca le oí comentar intimidades, a no ser que estuviera relacionadas con la historia de alguna enferma, cuyos trastornos se trataba de explicar. El campo favorito

de las observaciones de Elguero eran las enfermedades mentales, en que a cada paso se descubren delante de los médicos las secretas intimidades de la vida de familia.

Los médicos y los confesores son los que mejor conocen las interioridades de las sociedades latinas y, por lo menos, en lo que se refiere a los médicos, son ellos también los que más discretamente las reservan. El doctor Elguero no era a este respecto una excepción, era la regla, es decir, era uno de los profesores que ponía más empeño en inculcarnos el secreto profesional como un deber de honor para los médicos.

Hubo un momento en que ese deber se presentó para nosotros con caracteres muy graves. Fué cuando se promulgó el Código Penal. Ese Código castiga al médico que se niega a declarar cuando lo interroguen los tribunales de justicia; más aún, castiga al médico que no delate las transgresiones de ese Código. ¿Aceptarían los médicos ese triste papel de delatores a que el Código Penal los relegaba?

Los médicos se agitaron, se reunieron y en el salón del Protomedicato declararon que no se sometían a exigencias que consideraban contrarias al interés social, y sobre todo, contrarias al secreto y a la dignidad profesional.

Esa resolución fué puesta en conocimiento del Gobierno, para que en caso que los tribunales pretendieran arrancar una declaración supieran de antemano que sólo encontrarían un silencio ya acordado y que, por consiguiente, no se prestaba a interpretación de ningún género.

Me cupo el honor de redactar esa declaración y esa protesta que una comisión puso en manos del Presidente Errázuriz.

Elguero fué el alma de ese movimiento de la dignidad profesional. Con una voz en que vibraba la emoción, nos contó entonces una historia que ponía de manifiesto la necesidad de hacer una declaración previa que se anticipara a los sucesos y que le quitara al silencio mismo su tremendo equívoco.

Me contaba que durante una larga ausencia del marido, una señora había solicitado de un médico sus servicios más discretos para evitar un lastimoso escándalo social. El médico cumpliendo su deber salvó la situación de la señora que se confiaba a su honor. Algún tiempo después el marido volvió a Chile. Una venganza innoble echó mano de aquella triste historia. El médico fué llamado a declarar si era o no cierto que había intervenido. ¿Qué hacer? ¿Encerrarse en la reserva del secreto profesional? Pero la reserva misma era una confesión en este caso, porque si no había intervenido en realidad no había secreto que guardar, y, en todo caso, la más rotunda negativa era un deber elemental.

Esa situación es la que debemos procurar y sólo la podemos afrontar con una declaración previa que nos imponga el silencio en todo caso. «Lo he visto a ese médico, nos decía Elguero, lo he visto tranquilo, impasible, encerrado en el silencio de una tumba. Lo he visto salir pálido del tribunal y ser conducido a la cárcel como reo. No quiero que ustedes vean lo mismo; no quiero que puedan encontrarse sometidos a la misma prueba. Todos no tienen la elevación moral del doctor Sazio, y sobre todo, todos no tienen su enorme influencia social».

La historia de todo ese hermoso movimiento refleja muy bien el alma apasionada de Elguero y

el sentimiento de la dignidad profesional que ilumina su espíritu.

Así me contó anécdotas de la vida profesional entre nosotros, que naturalmente nos llevaban a las cuestiones de medicina. Hablábamos de todo. Pero uno de los temas que volvían a aparecer con más frecuencia, era el estudio de una nueva clasificación de las enfermedades mentales que tuviera la etiología como base. Esa clasificación pondría nuevos caminos a la ciencia y levantaría el prestigio de la Escuela.

En medio de esos proyectos ambiciosos y esas deslumbradoras perspectivas, lo encuentro un día pensativo, visiblemente preocupado. Lo saludé como si no hubiera notado su actitud. «Tengo cierta preocupación, me dijo. No he sentido nada de particular en estos días. ¿Me ha notado Ud. algo? Pero ayer estaba jugando ajedrez después de comer. La pieza que tenía en la mano se cayó; la quise tomar y se me cayó la mano. Por un momento no la podía mover; me la toqué y no sentía. De todo eso me he dado cuenta perfectamente, claramente. Ahora estoy bien, ha pasado todo».

Esas palabras fueron para mí un rayo de luz que alumbró claramente una serie de hechos que había estado presenciando y a que no había sabido dar su triste importancia.

A partir de esa tarde fui asistiendo al desarrollo de su penosa enfermedad, fui viendo hundirse ese espíritu poderoso entre los escombros de sus propias ruinas. De él puede decirse como se ha dicho del Dean Swift que conoció todo el esplendor y toda la miseria intelectual.

Murió Elguero una hermosa mañana de la primavera de 1877. Esa gran sombra ya se ha desvanecido y el nombre de Elguero sólo queda flotando

en nuestros recuerdos, sólo ha quedado escrito sobre la puerta de un patio de la Casa de Orates.

Ya todo ese hermoso pasado está muy lejos. Toda esa vida opaca y silenciosa, toda esa vida sin brillo y sin ruido, todo ese mundo en que la monotonía del trabajo extendía su pesado manto de plomo, todo ese mundo sin elegancias, pero noble y fecundo, ya ha pasado. Una generación más elegante y más ruidosa lo va a venir a reemplazar.

Las perspectivas de la historia suelen tener extrañas y reveladoras claridades. A medida que nos vamos alejando, se obscurecen y se borran los detalles y por el contrario parecen acentuarse los contornos y las grandes líneas.

De cerca no había mucha analogía en las figuras cuyas sombra se ha ido bosquejando en la pantalla de mis recuerdos; pero a la distancia forman un grupo homogéneo, que se dista por sí sólo y se destaca con relieves propios y muy fuertes.

Tocornal, Aguirre, Padín y Elguero, son hombres de la misma generación y se han formado en la misma Escuela y con los mismos maestros.

Todos ellos se han desarrollado en esa atmósfera emocionante y dramática de los primeros años de nuestra vida independiente. La cuna de todos ellos había sido mecida por el oleaje de nuestra gran evolución. Todos ellos tenían una fe profunda y una confianza ilimitada en el porvenir de nuestra raza. Para todos ellos las mismas palabras tenían igual significado, un significado que por desgracia ha cambiado mucho con los años.

Lo que ahora tiene la vaguedad de un ideal o la vaguedad de un sueño tenía para ellos la precisión de realidades cuyas durezas habían sentido en su vida. Era una realidad ese amor a la patria porque

habían visto consumir tan nobles y dolorosos sacrificios y era una realidad ese amor a la gloria, que cubría todas las tristezas del pasado con el manto espléndido de nuestra independencia.

Delante de ellos se había realizado el milagro de nuestra emancipación política. Nos habían visto salir de la obscura y triste condición de una colonia española al rango augusto de las naciones soberanas.

Ese espectáculo, que habían presenciado en los años más impresionables de la vida, encendió en ellos una fe profunda en la posibilidad de realizar todos los sueños.

Y con esa convicción alentadora y llena de promesas se entregaron al estudio, y consiguieron con un esfuerzo tenaz y apasionado, acumular un caudal de conocimientos, que derramaron generosamente en nuestra Escuela.

No lograron realizar sus sueños. No tuvieron elementos. Las circunstancias los traicionaron; pero tuvieron la ambición, tuvieron la audacia de mostrarlos y de hacerlos aparecer como una legítima y sana aspiración.

Ellos nos dejaron una escuela, en que era posible trabajar, libros, elementos y maestros. Todo eso era muy pobre, es cierto; pero aquellos eran tiempos de pobreza. Y, sobre todo, aquello quedaba espléndidamente iluminado en el sentimiento de que debíamos seguir su ejemplo y engrandecer su herencia, y si no llegamos nosotros a la tierra prometida, a la tierra de los sueños y la gloria, debíamos por lo menos irnos acercando a sus fronteras.

En el espíritu de esa generación había una mezcla curiosa del sentimiento de la realidad y el sentimiento de la gloria. Sabían adaptarse a las condiciones más estrechas de las realidades de la vida y

perseguir al mismo tiempo obstinadamente los sueños más lejanos y quiméricos.

Lo utilizaban todo, y todo lo creían suficiente para la realización de sus propósitos. Se contentaban con los escasos recursos que tenían a la mano para acometer empresas enormes. Un hornillo, unas cuantas matracas y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domeyko estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales, y buscó los medios de hacer su explotación; una mesa, unas tijeras, algunos pliegos de papel de estraza, eso era el laboratorio en que Phillippi dió a conocer nuestra botánica; Bustillos analizaba nuestras plantas medicinales en la trastienda de una botica; muy poco más que un estuche de bolsillo era todo el arsenal con que Sagre y Aguirre hacían toda la cirugía de esos tiempos.

La desproporción entre los medios y los proyectos era enorme, y a pesar de esa desproporción los resultados fueron asombrosos. Después con recursos inmensamente superiores, tenemos que hacer la dolorosa confesión de que no hemos conseguido superarlos.

Ya hemos dicho que esa generación levantó el nivel social de nuestra profesión. Los médicos extranjeros habían conseguido abrirse camino en sociedad. Blest, Armstrong, Cox y más tarde Herizel, Veillon, Hübner, se habían relacionado con algunas de nuestras familias más orgullosas de su alcurnia, pero los médicos chilenos quedaban relegados a una situación secundaria y subalterna. Ningún médico chileno había entrado jamás en un salón. Los médicos de esa generación fueron los primeros y

nos dejaron ancha y honrosamente abiertas las puertas de la sociedad más severa y recatada.

A eso no solamente contribuía su propia situación social sino también la elevación moral de su carácter, el generoso desinterés de su conducta y el sentimiento de la dignidad profesional que despertó en ellos el espíritu de cuerpo.

Esa tendencia a formar una corporación independiente, que tuviera vida propia y una solidaridad estrecha entre sus miembros, se refleja en la publicación de una revista, exclusivamente consagrada a servir intereses relacionados con la medicina y con los médicos.

El Médico Práctico publicado en 1867 por Padín, tiene todos los caracteres de una revista científica, que prosigue solamente propósitos sanos y elevados. Queremos dejar constancia que esa publicación es la primera que hace un cuerpo colegiado entre nosotros. Los abogados, los ingenieros, todos los demás profesionales, han seguido después, a larga distancia, nuestros pasos. Y es también digno de notar que esa publicación sea debida exclusivamente a la iniciativa individual y que sólo médicos colaboraron en sus páginas.

Muchos médicos de esa generación tenían condiciones de escribir, muchos tenían una pluma airosa y ligera, pero todos escribían sobre medicina solamente y sólo derramaban su causticidad sobre el prestigio profesional de sus colegas.

Aguirre, Padín, Elguero, ocuparon un puesto en el Congreso. Todos ellos fueron diputados; todos ellos hicieron un papel en la política de que habíamos estado excluidos hasta entonces. Su situación en el Congreso fué opaca y secundaria. Sólo Aguirre, como Intendente de Aconcagua, tuvo intervención directa en los negocios de Gobierno.

Todos ellos tenían condiciones oratorias. Todos tenían una alución fácil. Padín era a veces brillante, Elguero era pintoresco y muy gráfico en su manera de expresarse. Pero esos hombres que sólo escribían sobre medicina, sólo hablan también sobre medicina. Tenían, como ya hemos dicho, todo el exclusivismo de las grandes pasiones.

Fué, pues, hermosa y fecunda la obra que realizaron esos hombres en favor de las generaciones que les iban a seguir y a quienes dejaron honrosamente abiertos todos los caminos.
